

¡qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto muy grande... — Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entre tanto vámonos á acostar. Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ánsia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente.

EGLANTINA

Ó LA INDOLENTE CORREGIDA



Doraliza, mujer de un director de rentas, gozaba de una fortuna cuantiosa; pero tenia demasiado talento y buen corazon para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabia que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es mucho mas en aquellos sujetos que no están obligados por razon de su clase á lucimiento alguno. No tenia joyas, su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacia buenas obras, y sus riquezas, léjos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacian que lograrse las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Nada en su casa aparentaba ostentacion, ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, anaba la sociedad. Y con el fin de formarse ó de tener una verdaderamente agradable, no habia dado preferencia exclusiva á una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo : no quiero ver sino gentes de tal ó tal empleo, ó no veré gentes de tal clase ó de tal empleo; ántes por el contrario, se habia determinado á recibir todos los sujetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazon, ó agradables talentos, de cualquiera clase que fuesen.

Tenia Doraliza una hija única; esta niña de edad de seis años manifestaba ya buen corazon; era humilde, obediente y sincera, no carecia ni de memoria, ni de inteligencia, pero era muy indolente; por consiguiente ni tenia actividad ni aplicacion. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa. — ¿Con que

la indolencia, interrumpió Carolina, causa todos esos defectos? — Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta flojedad que causa tedio para todo lo que podria fatigar, por poco que fuese, al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion ni se quiere correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razon se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona, ni se piensa en nada, y en este caso se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero á nada atendia de cuanto le enseñaban; de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenia con las cosas. En efecto, en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Mas queria perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desorden en su cuarto, todo con la mayor porquería. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó á lo ménos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla á levantarse : en seguida otro sermon sobre la torpeza con que solia estarse mas de una hora despues de levantada, y que se daba á conocer por sus repetidos bostezos : otro sermon sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina queria sentarse en vez de andar, y se quejaba ó del frio ó del calor. Lo mismo sucedia con las lecciones; nunca las daba Eglantina sin llorar, ó sin tener ganas de ello : las diversiones no le daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oír reprensiones por estos descuidos.

Tenia Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educacion, pero no tenia experiencia. La educacion de Eglantina era la primera á que habia presidido; en todas las cosas hay que pagar con faltas el aprendizaje, y en esta ocasion cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que podian resultar del defecto dominante de su hija (defecto á la verdad el mas dificultoso de destruir). Se lisonjeó que la edad y la razon

darian insensiblemente á Eglantina la actividad de que carecia; se contentó con reñirla de tiempo en tiempo, en vez de castigarla, y no conoció su error sino cuando era imposible remediarlo... — ¿Vd. cree, mamá, que si hubiesen impuesto á Eglantina penitencia la hubieran corregido? — Raras veces es necesario emplear medios violentos para corregir á los niños que son activos y sensibles, porque todo lo toman con viveza; un nada os conmueve, una palabra basta para castigarlos; pero los genios indolentes y frios difícilmente se alteran; es menester de cuando en cuando darles algun castigo para sacarlos de su entorpecimiento habitual... — Mamá, ¿qué penitencias hubiera Vd. impuesto á Eglantina? — Las mas rigurosas para ella, y no obstante muy suaves. Cuando no hubiera querido correr ó andar á buen paso, hubiera hecho durar el paseo una hora mas. Cuando hubiese dado una leccion de mala gana se la habria hecho dar otra vez, y así de lo demas. Para evitarse Eglantina este trabajo doble se hubiera aplicado, hubiera usado de actividad aparente, que con el tiempo habria sido verdadera, é insensiblemente hubiera mudado de genio.

No siguió este método Doraliza, y le pesó amargamente con el tiempo no haberlo hecho. No obstante, viendo que la negligencia de Eglantina se aumentaba cada dia, le ocurrió formar un diario, en el que cada noche sentaba todas las cosas que Eglantina habia perdido en el discurso del dia, y el precio de ellas. Ponia en esta lista los libros rotos ó desencuadernados, los vestidos nuevos manchados ó echados á perder, de modo que no pudiesen volver á servir, los pedazos de pan que arrojaba por los rincones, y los juguetes hechos pedazos; todo este desbarato junto á las cosas perdidas compuso al cabo de un mes la cantidad de noventa y dos libras, esto es, cuatro lises y tres libras... — ¡Oh Dios mio! exclamó Pulqueria, es increíble. Yo, gracias á Dios, en todo el año no he perdido sino el valor de cuarenta libras. — Es cierto, pero no cuentas sino lo que has perdido, y no lo que has echado á perder ó gastado inútilmente. Además yo no soy rica, y no usas muselinas bordadas ni encajes, y por consiguiente no puedes perder sino cosas comunes. No tienes por alhajas sino alfileros de paja y cajas de bergamota, y todos tus juguetes valen seis libras... — Mamá, tanto mejor, me parezco á Enriqueta, la hija de madama Steinhausse, conozco que los adornos me incomodarian. Un hermoso delental guarnecido de encajes me

daria pesadumbre, porque quiero como Delfina coger rosas sin temor de las espinas... — Ese deseo es natural; pero hazte cargo que Enriqueta, tan amante de las cosas sencillas como tú, tenia mucho mas juicio, porque no perdía nada. Considera tambien, que segun la proporcion de riquezas me ocasionas un gasto tan grande perdiendo tu dedal de marfil, y tijeras inglesas, etc., como Eglantina á su madre perdiendo su dedal de oro y sus tijeras esmaltadas... — Pero, mamá, ¿por qué no criaba Doraliza á su hija con ménos aparato de riqueza? Dándola todas esas bagatelas tan caras no empleaba bien sus riquezas... — Doraliza era muy rica, no gastaba casi nada para ella misma, por lo que podia lícitamente emplear algunas superfluidades en su hija... — ¿Pero no era eso inspirarle gusto á todas esas frioleras?... — No, porque si las hubiese guardado para sí en vez de dárselas, entónces podia haber sucedido lo que dices. «Mamá, decia Eglantina á Doraliza, ¿por qué no lleva Vd. mas que un reloj de oro liso y llano con un cordoncito de seda?... — Hija mia, respondia Doraliza, porque un reloj liso es mas cómodo, y por consiguiente lo prefiero á otro magnífico... — Pero, mamá, replicaba Eglantina, el que Vd. me ha dado está esmaltado, guarnecido de brillantes, y con una cadena de oro... — Eso es porque á tu edad hay poca sustancia, se carece de juicio y de reflexion; todo lo que brilla seduce; solo se tienen aficiones pueriles. Se apetecen las perlas, los diamantes, los juguetes y las joyas. Por tanto cuando te doy todas esas frioleras te trato como á niña.» Hablando Doraliza de este modo decia la verdad pura. En efecto toda persona que á cierta edad tiene aun gusto á todas esas vanas superfluidades no tiene mas juicio y solidez que una criatura de seis años. Pero volvamos á nuestra historia.

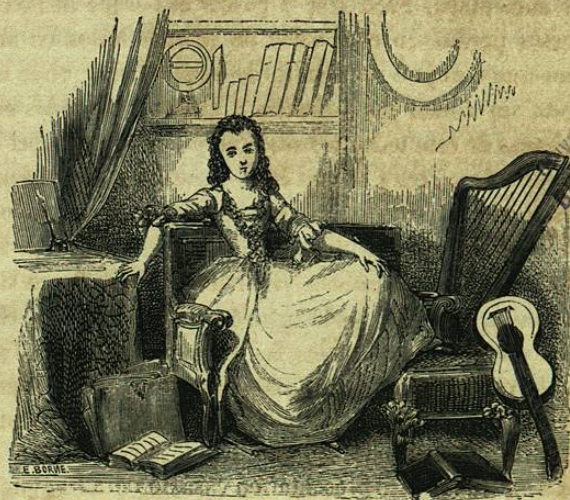
Al cabo de un año enseñó Doraliza á su hija la cuenta de todo lo que habia perdido ó disipado en el discurso de él; la suma de esto era de mil y doscientas libras. Poca impresion hizo este cálculo en Eglantina, que solo tenia siete años. Creyendo su madre que esto le haria mas fuerza cuando llegase á conocer el precio del dinero, continuó siempre su diario con la misma exactitud, ayudándole en esta tarea el aya de Eglantina, que todas las noches entregaba á Doraliza en un papel suelto la relacion circunstanciada de los desperdicios que notaba. Guardaba Doraliza estos papelillos en una gaveta, sin juntarlos al diario que por su parte escribia; y en breve

tiempo las cuentas de la aya aumentaron de tal modo que hubiera sido menester bastante tiempo para sacar en limpio las cantidades que contenian. Lo cual visto por Doraliza determinó irlos guardando y no hacer la cuenta de ellos hasta que Eglantina tuviese mas edad.

Entre tanto el tiempo se pasaba, y el diario de Doraliza manifestaba claramente que la indolencia de Eglantina en vez de ir á ménos se aumentaba. Solia irse á pasear al bosque de Boloña; en cuatro meses perdió en él el valor de sesenta luises en alhajas: unas veces una sortija ó un pomito de agua de olor; otras un medallon, esto sin contar los pañuelos y guantes olvidados entre la yerba. Ademas de esto todos los dias rompía un abanico, el muelle real y el vidrio de su reloj, ó bien le desbarataba la repeticion, y era preciso estar pagando continuamente al relojero. En tiempo de invierno el gasto era mucho mayor. Eglantina, como todas las personas indolentes, era sumamente friolenta; se arrastraba en la ceniza de su chimenea, se quemaba los guardapiés, las batas, el manguito, y era preciso renovar todos los meses su vestuario. Fuera de esto, cuando venian los maestros casi siempre estaba con un dolor de cabeza que no le permitia dar leccion. — ¿Pues qué, mamá, dijo César, no eran verdaderos los dolores de cabeza? — No, Eglantina los fingia únicamente por no dar leccion... — ¡Pero eso es muy feo; es mentira!... — Estas consecuencias tiene la indolencia, que á primera vista parece un defecto tan leve; y por esto no hay vicio, por pequeño que sea, que si llega á dominar no ocasione las mas fatales consecuencias... Naturalmente era Eglantina sincera, pero era aun mas perezosa, y para ahorrarse el menor trabajo se valia de mentiras, aunque le costaban disgusto y remordimientos; pero regularmente la pereza los superaba. Entre tanto Eglantina llegó á tener diez años; su madre le dió nuevos maestros.

Fastidiada del clave, y no adelantando cosa alguna, confesó que tenia natural aversion á este instrumento, y dijo que aprenderia de buena gana á tocar la guitarra. Consintió Doraliza en que dejase el clave, aunque hacia cinco años que aprendia, y le dió un maestro de vihuela. Con esto, lo que se habia pagado al maestro de clave, lo que habia costado la música, el precio del clave, del fortepiano, el templado de estos instrumentos, todo este dinero era perdido,

puesto que Eglantina nada habia aprendido, y lo dejaba enteramente; de modo que Doraliza puso en su diario este gasto, que subia á ocho mil libras. Eglantina tomó leccion de guitarra un año; su maestro la dejó aburrido de su poca aplicacion. Entónces aprendió la cítara con el mismo éxito que la guitarra. Finalmente, la dejó como habia hecho con la vihuela y el clave; y la arpa reemplazó estos tres instrumentos.



Tenia Eglantina ademas otros varios maestros. Aprendia el dibujo, la geografia, el inglés, el italiano. Tenia tambien maestro de baile, de cantar, y un músico que la acompañase con el violin, y maestro de escribir; todos estos maestros costaban veinte luises al mes; no por esto sabia mas la indolente Eglantina, y el gasto que ocasionaba ya no tenia límites. Cada dos ó tres meses su música, sus libros, sus mapas puercos y hechos pedazos tenian que renovarse y comprar otros; no tenia ningun cuidado con su arpa; la dejaba expuesta á la humedad con las ventanas abiertas, y era preciso encordarla casi todos los dias; gastaba en cuerdas, en lápices, en papel, etc., cuatro veces mas de lo que hubiera gastado una persona cuidadosa.

Como su excesiva pereza la hacia enemiga de toda sujecion, era puerca á mas no poder. En dos años se habian tenido que mudar dos veces todos los muebles de su cuarto; se despeinaba sobre todas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. YÉS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

las sillas, llenándolas de polvos y pomada, y esparciendo por el suelo todos los alfileres; sus vestidos estaban siempre llenos de manchas de lápiz, tinta y gotas de cera. Este desaseo echaba á perder la mas bonita figura del mundo; era eterna en el tocador, porque nada hacia sino con suma lentitud; pero no por eso se peinaba ni vestía bien, porque veía sin mirar, obraba sin pensar, y no tenía gusto para cosa alguna. Además, para nada tenía gracia; no habiéndose querido sujetar nunca á llevar guantes, tenía las manos ásperas y amoratadas; tenía los piés feos, y andaba muy mal, porque siempre llevaba los zapatos en chancleta.

Esto era Eglantina á los trece años; Doraliza se habia esmerado en formarle una bonita librería con la esperanza de que tomaría afición á la lectura. Por obedecer á su madre leía Eglantina mientras se peinaba, ó por las tardes; quiero decir, que tenía un libro abierto, porque leía con tan poca atención, que era imposible adquiriese la menor instrucción; y así á los diez y seis años era tan ignorante, á pesar de que nada se habia omitido para su educación, que no sabía ni la historia, ni la geografía, ni aun la ortografía; no podía ni hacer un extracto, ni escribir una carta, y aunque habia tenido diez años maestro de aritmética, cualquier niño de ocho años contaba mejor que ella. En este tiempo un caballero llamado el vizconde d'Arzelle se hizo presentar en casa de Doraliza; tenía veinte y tres años, y era tan distinguido por sus talentos, virtudes y reputación, como por su nacimiento, sus bienes y mérito personal. Manifestó el mas vivo deseo de agradar á Doraliza y merecer su amistad; supo apreciar su sencillez, dulzura é igualdad: igualmente le agradaban á Doraliza su modo, su tono noble y natural, y su conversacion á un tiempo sólida, gustosa y agradable; la habia visto varias veces en casa de una parienta suya, y la habia visitado en su casa, sin haber podido ver aun á Eglantina. En fin, un dia convidó Doraliza al vizconde á cenar, y á las nueve de la noche salió Eglantina á la sala. Aquel dia habia su madre asistido á su tocador: no tenía Eglantina cosa particular en su adorno; pero á lo ménos no estaba desgreñada, ni tenía las orejas llenas de polvos y pomada, y se habia lavado las manos. El vizconde la examinó con mucha atención: al pronto le pareció muy hermosa; de allí á poco notó que no tenía gracia, y al cabo de un cuarto de hora no la miró mas, y aun se olvidó de que estaba en el cuarto.

No obstante continuaba siempre visitando á Doraliza. Un dia que estaban solos le habló con un género de confianza que dió pié á Doraliza para preguntarle si pensaba en casarse: sí, señora, respondió el vizconde; pero aunque mis padres dejan enteramente á mi arbitrio esta elección, conozco que me será dificultoso determinarme; no lo haré por interés ó ambición: una pasión ciega no me hará hacer locuras; quiero casarme, no para ser mas rico ó mas estimado, sino para ser mas feliz; por tanto será preciso que encuentre una persona perfectamente bien criada, que reúna la virtud con la hermosura y talentos; será tambien preciso que sus padres sean dignos de que yo los respete y ame, y que su madre, por ejemplo, tenga todas las prendas que en Vd. se hallan, para que así pueda ser el mentor y guía de mi mujer. Algunas visitas que entraron interrumpieron esta conversacion. Pocos dias despues supo Doraliza que el vizconde habia encargado á uno de sus criados se informase con maña de los de Doraliza acerca de Eglantina, y que además el vizconde por sí mismo se habia dirigido á varios maestros de esta, los que sin dificultad le dijeron la pura verdad, por lo que supo con la mayor certeza que Eglantina no habia sacado fruto alguno de la educación esmerada y costosa que su madre le habia dado. Desde entónces el vizconde frecuentó ménos la casa de Doraliza, y no tardó mucho en dejar de ir del todo. Convencida Doraliza de que se hubiera casado con su hija si esta hubiese sido mas aplicada, sintió mucho que Eglantina no hubiese logrado este casamiento tan lucido como ventajoso, y que el solo mérito personal del vizconde hacia preferible á otro cualquiera.

Pero aun le quedaban que pasar otras penas mayores. Cada dia mas indolente Eglantina le daba nuevas pesadumbres. A diez y siete años tenía aun todos los maestros que se dejan regularmente á los catorce; no tenía gusto para ocupacion alguna. No obstante, como su corazón era bueno y amaba á su madre, procuraba á veces vencer su natural dejamiento, y entónces todos se admiraban de la inteligencia y disposiciones que mostraba; renacían en el amante corazón de Doraliza el gozo y la esperanza; pero esta mutación duraba poco: al cabo de cinco ó seis dias volvía Eglantina á su natural; y cuando su madre le representaba los perjuicios que se le seguían de este vicio, la escuchaba con mas disgusto que arrepentimiento.

Con la edad fué adquiriendo nuevos defectos, sin haber perdido los de la niñez; cumplió en fin los diez y ocho años, época feliz para ella, puesto que se debian despedir todos los maestros para siempre. El dia mismo que se despidieron fué Doraliza por la mañana al cuarto de Eglantina; llevaba un libro en la mano, lo puso sobre una mesa, y sentándose al lado de su hija: Hoy cumplés diez y ocho años, le dijo, á esta edad comunmente la educacion está perfeccionada. He hecho por ti hasta este punto todo cuanto me ha sido posible, aquí te traigo la prueba; este es el diario de que varias veces te he hablado; contiene el pormenor de todas las cosas que has perdido desde tu niñez, y de todos los gastos inútiles que me has hecho hacer; he añadido las memorias de tu aya, y hecha la suma de estas diferentes cantidades componen la de ciento y tres mil libras... — ¡Ah, mamá, exclamó Eglantina, es posible!... — Muy posible, replicó su madre, y has de pensar que no incluyo en este cálculo los gastos necesarios, ni el de los maestros que han logrado hacerte aprender algo; por ejemplo: escribes bastante bien y lees música regularmente; no he incluido estos dos maestros en mi diario, aunque ha sido preciso conservarlos mucho mas tiempo que el que hubiera sido regular si hubieses tenido aplicacion. He tenido que poner entre los gastos inútiles lo que han costado los maestros de instrumentos, de dibujo, de geografia, de historia, de blason, de aritmética, etc., sin olvidar la maestra que por espacio de dos años te ha enseñado á bordar, y la prodigiosa cantidad de seda, brichos, lentejuelas, rasos y terciopelos que has gastado, sin haber hecho cosa que pudiese servir... — ¡Pero ciento y tres mil libras!... no puedo creerlo... — Fácilmente lo creerás si quieres acordarte de lo que te he dicho varias veces, esto es, que no hay gasto por pequeño que sea, que si es continuo no sea exorbitante, y por consiguiente ruinoso; un ejemplo te lo hará ver mejor: tienes dos relojes: desde la edad de ocho años hasta ahora no se han pasado quince dias sin haberlos enviado al relojero ó al joyero, ya para echarles vidrios, muestras nuevas, ó hacerles componer la repetición, ó ya para hacerles poner manos ú algunos diamantes, etc. No ha habido mes en que estos relojes no hayan costado á lo ménos siete ú ocho libras de composturas: ha habido muchos en que han costado tres ó cuatro luises, de modo que al cabo de diez años sube solo este renglon á ciento y ocho luises. Es muy sensible des-

perdiciar de este modo el dinero, sobre todo considerando que se hubiera podido emplear mucho mejor. Ciento y tres mil libras que tú has desperdiciado, hija mia, hubieran podido hacer la felicidad de veinte familias desdichadas.

Esta última reflexion de Doraliza hizo verter lágrimas á Eglantina; tomó una mano de su madre, y apretándola entre las suyas exclamó: ¡Oh qué culpada me veo!... Pero, querida mamá, aunque me hallo sin talentos y sin instruccion, no obstante conservo los elementos de lo que me han enseñado... — No hay duda, y si quisieras aplicarte y estudiar de véras, podrias recuperar parte del tiempo y dinero que has perdido; pero era menester que en adelante tuvieses tanta perseverancia y actividad como hasta ahora has mostrado inconstancia y pereza. Oyendo esto Eglantina suspiró, y se quedó suspensa. Bien sé, prosiguió Doraliza, que tus riquezas y las alabanzas que dan á tu hermosura, te persuaden á que te son ménos necesarios los talentos y habilidad que á otras muchas personas; pero aunque poseas estas ventajas, las mas frágiles y ménos estimables de todas, ¿es acaso motivo suficiente para despreciar la instruccion y á los que la tienen? ¿Es acaso la hermosura la que nos hace amables? Cree, hija mia, que si no la acompaña el talento, á nadie gusta. ¿Son las riquezas quienes nos hacen felices? ¿No te ves morir de tristeza, siempre descontenta de los otros y de ti misma?... Además, ¿sabes acaso el estado de los negocios de tu padre? ¿Y si se arruinase?... Estas últimas palabras avivaron la atencion de Eglantina. Se quedó mirando á su madre como aterrada. Dejó de hablar Doraliza, levantó los ojos al cielo, y despues de un instante de profundo silencio, viendo que Eglantina no hablaba, tomó la palabra mudando de conversacion, y al cabo de un cuarto de hora se fué, dejando á su hija llena de tristeza y sobresalto.

No eran infundados los temores de Eglantina. Mondor su padre, tan insaciable como Doraliza moderada, no habia podido contentarse con tener doscientas mil libras de renta; por tener mas se habia metido en algunas empresas arriesgadas, y estaba próximo á perderse. No estaba del todo cierta Doraliza de esta desdicha; pero sospechaba alguna cosa, y esto era lo que habia querido dar á entender á su hija. Mondor, que sabia mejor su situacion, procuraba con la esperanza de conservar el crédito encubrir el mal estado de sus cosas; pero varias quiebras de sus asociados hicieron patentes

sus alcances. No era Mondor capaz de tolerar con valor los infortunios: cayó enfermo, y no pudieron librarle de la muerte los cuidados de Doraliza y Eglantina; murió detestando su ambición y codicia, funestas causas de su ruina y muerte. Muerto Mondor se ocupó Doraliza en satisfacer á todos sus acreedores: no eran suficientes todos los bienes del difunto para cubrir los alcances; Doraliza tenía una hacienda de quince mil libras de renta, á lo que no tenían los acreedores derecho alguno; pero con la mira de completar la cantidad necesaria para pagar las deudas de su marido, cedió por seis años las rentas de esta hacienda, único bien que le quedaba. Eglantina sacrificó al mismo fin todos los diamantes que su madre le había dado.

Arregladas de este modo las cosas, no le quedaba á Doraliza para vivir en estos seis años mas que sus alhajas, y alguna poca plata; las vendió, y sacó de ellas veinte mil libras. Nos es preciso, dijo Doraliza á su hija, irnos á un país en donde se pueda vivir seis años con la cantidad que nos queda. Mi intencion es que nos vayamos á la Suiza hasta que recobre la posesion cuyas rentas he cedido. — ¡Oh madre mia, exclamó dolorosamente Eglantina, veinte mil libras! ¿Esto es lo que ha quedado á Vd.?... ¡Qué cruel reflexion para mí, cuando me acuerdo de todo lo que he desperdiciado!... — No pienses en ello, le dijo su madre abrazándola, si yo hubiese previsto las desgracias que nos aguardaban, nunca hubieras sabido el pormenor cuya memoria tanto te aflige; ya he quemado aquel diario, y cuanto contenia se ha borrado para siempre de mi memoria... — ¡Ah, replicó Eglantina arrojándose á los piés de su madre, mi arrepentimiento es demasiado sincero para que pueda olvidar jamas estas culpas que Vd. con tanta generosidad me perdona!... El deseo y la esperanza de recuperarlas y de contribuir á su felicidad pueden solo en adelante hacerme amar la vida. ¡Oh mamá! conozco que una hija digna de Vd. podria aliviarla en sus trabajos: yo, pues, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan: necesito Vd. una amiga: yo quiero serlo, y para obtener este precioso título seré capaz de los mayores esfuerzos.

En tanto que Eglantina, bañada en lágrimas y abrazada de sus rodillas, decia esto, Doraliza la contemplaba fuera de sí de gozo; la levantó, la tomó en sus brazos, y apretándola contra su pecho: Me haces sentir en este instante, le dijo, todo el gozo de que es

capaz el corazon de una madre: no llores ya mi desgracia; al pronunciar estas palabras no podia Doraliza contener sus lágrimas, pero estas eran las mas dulces que había derramado en su vida.



La noche que se siguió á esta conversacion se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza. Al dia siguiente por la mañana estaba con calentura; envió Doraliza á buscar un médico, el que despues de haber examinado atentamente á la enferma, declaró que todas las señales eran de viruelas. No se engañaba; esta enfermedad se declaró con el peor aparato: no ocultó el médico á Doraliza que las viruelas eran confluentes, y de las peores. Oprimida Doraliza del dolor, no se apartó ni un punto de la cabecera de su hija, y pasó cuatro dias en medio de las mas crueles inquietudes. Eglantina en los arrebatos de un furioso delirio hablaba con su madre sin conocerla, estaba en sus brazos y la llamaba, exclamando dolorosamente: *¡Mi madre me abandona!... ¡Lo merezco!... ¡No he contribuido á su felicidad!... ¡Muerdo sin recibir su bendicion! ¡Oh Dios mio, perdonadme!*

Estas razones interrumpidas con suspiros y sollozos traspasaban el corazon de Doraliza: en vano le respondia, y en vano la bañaba con sus lágrimas; Eglantina no la oia, y continuaba siempre sus lamentos y quejas. Creciendo por instantes la enfermedad, cargó sobre todo al rostro, y á pocos dias le cubrió los ojos, privándola

enteramente de la vista. No dió cuidado al principio este accidente, bastante comun en las viruelas; pero despues se aumentó en tanto grado, que el médico entró en cuidado, y no pudo ménos de decir á Doraliza se temia que Eglantina quedase ciega para siempre. ¡Oh Dios mio, exclamó esta afligida madre, ciega mi hija!... — No me parece, replicó el médico, que el mal es aun del todo sin remedio, y voy á proponer á Vd. uno que ha surtido efecto en iguales circunstancias; se trata de dar curso al humor que carga á los ojos... con dinero no hay socorro que no se pueda lograr, sobre todo en Paris... No sería dificultoso encontrar alguna mujer pobre que consintiese en hacer esta operacion, que quizas conservaria la vista á esta señorita, pero es preciso que esta mujer esté del todo sana... ¿Qué operacion? dijo Doraliza, interrumpiéndole vivamente. ¿qué quiere Vd. decir? — Sería menester, respondió el médico, que alguno consintiese en chupar poco á poco el humor que carga á los ojos de esta señorita. — ¡Oh Dios mio! exclamó Doraliza juntando las manos, os doy mil gracias por haberme dado sangre pura y salud... ¡Ah, solo en esta ocasion conozco todo el precio de ella! vamos, señor, continuó dirigiéndose al médico, no perdamos tiempo, vamos al cuarto de mi hija, venga Vd.... — ¡Pues qué, señora, dijo el médico, sería posible que Vd. quisiese encargarse de semejante operacion!... cuando por medio del dinero podria Vd... — ¿Quién, yo? ¿yo abusaria de la miseria de una infeliz, violentándola á superar un asco invencible para ella, cuando á mí me es tan fácil hacerlo? ¿Pudiendo hacer una accion de madre, incurriré en esa inhumana cobardía?... ¡pudiendo servir á mi hija en cosa tan importante, me dispensaria de esta obligacion tan sagrada! — Pero, señora, ¿tendrá Vd. valor?... — Soy madre, mi hija está en peligro, no dude Vd. de mi valor... — Pero expone Vd. su salud... — Venga Vd., no lo dilatemos mas... diciendo estas palabras Doraliza, sin escuchar al médico le llevó al cuarto de su hija.

Á este punto de su narracion llegaba la Marquesa de Clemira, cuando la Baronesa mirando su reloj se levantó: en vano pidieron los niños se prolongase la velada, fué preciso irse á acostar.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la historia de Eglantina en estos términos: Ayer la dejámos en el instante en que Doraliza se disponia á entrar en el cuarto de su hija. Habia recobrado esta desde el dia ántes todo su conocimiento. Persuadiéndola Doraliza á

que consintiese se ejecutase el remedio que el médico había dicho, le ocultó que ella misma se encargaba de él. He hablado, le dijo, á una mujer que se conviene en hacerte este favor, y su recompensa será tal, que no le debes tener lástima. — ¡Oh cielos, interrumpió Eglantina, ¿cómo no he de tener lástima á una persona tan infeliz que se puede determinar á encargarse de esta asquerosa operacion?... Pues qué, ¿no hay otro medio de darme la vista?... ¡Me estremezco solo en considerar lo que esta pobre mujer va á padecer!... ¡Ah! ¿la humanidad puede acaso permitir que se admita semejante socorro?... — Piensa en tu madre, considera la mortal inquietud que la está despedazando: ademas, que habiendo esta mujer pasado ya las viruelas, no puede temer el contagio de esa enfermedad, y puedes creer que únicamente ocupada en tu curacion y en su recompensa, no hallará nada penoso en el empleo á que se dedica. En fin, hija mia, yo exijo de ti esta prueba de sumision... — Obedecer á Vd. es mi primera obligacion, y pues Vd. lo manda, no puedo ya rehusarlo.

Dicho esto se hizo entrar á una mujer, que acercándose á la cama de la enferma la aseguró con entereza de su zelo y valor. Vamos, pues, dijo Doraliza, empiece Vd. esta operacion, yo me voy, y volveré cuando haya Vd. acabado. Diciendo estas palabras hizo como que se salia del cuarto; pero acercándose poco á poco á la cama de Eglantina se puso en el lugar de la mujer, la que se mantuvo detras de ella, á fin de que la enferma oyese de cuando en cuando la voz incógnita que al principio le habia hablado. Creyendo Eglantina que su madre habia salido, suplicó al médico difiriese la operacion un instante: entónces juzgando que hablaba con la mujer, tomó la mano de su madre, y apretándola entre las suyas: ¡Ah desgraciada mujer, le dijo, perdóneme Vd. el cruel estado á que la reduce la suerte! ¡Ah, está Vd. temblando!... me aprieta la mano, ¡oh cielos! ¿me pide Vd. la dispense de este asqueroso servicio?... esta accion es superior á sus fuerzas... bien lo comprendo... ¡Ay, Dios mio, prosiguió Eglantina, me abraza!... está llorando. Las razones y la humanidad de Vd., interrumpió el médico, la enternecen; Vd. ha mudado su zelo en cariño. Entónces la voz incógnita habló diciendo, que su resolucion era inalterable, y que le costaria mucha ménos repugnancia de la que podia imaginarse Eglantina. Luego que dejó de hablar mandó el médico á todos los que estaban